

de aquella raza un día sometida al genio, pero también á todos los errores de la civilización francesa. El éxito extraordinario que las fuerzas alemanas reunidas habían conseguido sobre los turcos ejerció vivificadora influencia en los círculos imperiales: brandeburgueses y sajones, brunswickenses y hessenses, franconios y suabios habían luchado allí en unión de los imperiales y adquirido el convencimiento de cuán grande era el poder de sus armas. ¡Qué hermosa lista de brillantes victorias en el Norte podía presentar el bisoño ejército brandeburgués! Enfrente de los nombres de los más famosos mariscales franceses podía ostentar Alemania los de generales como Carlos de Lorena, Maximiliano Manuel de Baviera, el brandeburgués Derfflinger, Luis de Bade y tantos otros. El Imperio podía pensar ya en hacer frente á Francia, y así sucedió entonces lo que hacia mucho tiempo no había ocurrido, á saber: que comenzara una guerra francesa en la cual ningún príncipe imperial alemán estuviera al lado del enemigo (1).

(1) Leibniz en una carta fechada en Viena en 10 de octubre de 1688 decía: «No habiendo estado nunca Alemania tan bien unida como lo está ahora y sintiéndose la Europa entera resentida contra Francia, á excepción de los reyes de Inglaterra y Dinamarca, no es aventurado esperar un cambio, con tal que las cosas se hagan bien y se corrijan las faltas de la guerra pasada.» (W. W. ed. O. Klopp, t. V, página 499.)

Los Países Bajos y la libertada Inglaterra aceptaron seriamente la guerra contra Francia; España se adhirió á ella; la curia romana se mostró francamente inclinada á la coalición antifrancesa y no era de temer que ninguna nación del Norte interviniera en la lucha poniéndose al lado de Francia: todas estas circunstancias reunidas crearon una situación política en la que el emperador se creyó con elementos bastantes para aventurarse á llevar adelante dos guerras, contra los turcos y contra los franceses, prosiguiendo la una y empujando la otra, en lo cual contrarió los deseos de los aliados alemanes y de las dos potencias marítimas, que querían firmar á toda prisa la paz con la Puerta y dirigir todas sus fuerzas contra Francia, y aun los de un numeroso partido que se había formado en la corte de Viena (2). A pesar de esto, su resolución fué valiente y quizás la que mejor correspondía á los verdaderos intereses del Estado austriaco.

La cuestión estaba en saber cómo se cumpliría misión tan difícil. En Viena se alentaban las más halagüeñas esperanzas y en el manifiesto de guerra del emperador se decía: «El turco, infractor de los antiguos tratados, ha sido humillado; del mismo modo sabremos derrotar á Francia, la violadora de los tratados modernos.»

(2) Véase Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya*, tomo I, página 37.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS AÑOS DE GUERRA DE 1688 Y 1689

Nuestra narración entra en un período agitado: durante más de veinticinco años, desde el día del otoño de 1688, en que las columnas francesas atravesaron el Rin, Europa apenas gozó de un corto intervalo de paz. El Occidente y el Mediodía, el Norte y el Este del continente vieron combates por las más violentas conmociones, y en ninguna de éstas dejó de tomar Alemania parte activa ó pasiva. Disipada aquella tormenta, la situación de las potencias europeas se encontró profundamente modificada, y no era posible que el pueblo alemán, en lo que á su vida política atañía, se eximiera de aquella modificación. Adondequiera que tendiese la vista, Alemania se veía rodeada, en los puntos más importantes, de nuevas situaciones; pero no era esto solo, sino que además en su propia vida interior una nueva fuerza vital animaba las antiguas formas y luchaban por abrirse á la luz los gérmenes de una nueva era.

La guerra que en 1688 comenzó Luis XIV y que terminó á los nueve años con la paz de Ryswick, inicia esta época tan fecunda en luchas.

No fué uno solo, como han pretendido hasta ahora los historiadores, el motivo que impulsó al monarca francés á empuñar las armas, sino que esta determinación se debió á un conjunto complicado de causas, contribuyendo á ella

por un lado grandes planes de conquista y por otro temores de peligros reales ó imaginarios. La restauración del poder imperial en Hungría fué considerada en París como una amenaza que, aunque remota, podía convertirse en próxima de un momento á otro, con solo que se firmara la paz con los turcos; la negativa, así del emperador como del Imperio, á firmar una paz definitiva, en vez de un armisticio por veinte años, pareció una protesta permanente contra las Reuniones; la liga de Augsburgo, la desertión de los aliados alemanes de Francia, el curso de la contienda de Colonia, la oposición de la Dieta á tratar de la cuestión de la sucesión del Palatinado, eran, á los ojos de la política francesa, otros tantos indicios de independencia y otros tantos síntomas de una resistencia contra la autoridad exigida y tradicional, que necesariamente debían ser atajados antes de que se convirtieran en grave peligro. Uníase á estos hechos otras consideraciones de trascendencia europea, tales como ver á Suecia en el bando enemigo, á Polonia en alianza con el emperador, al Papa en hostil antagonismo con la corona francesa y al sospechoso Guillermo de Orange fraguando planes contra Inglaterra sin recatarse ya de ello. La política de Luis XIV había atraído sobre sí en Europa una poderosa fuerza de sentimientos, deseos y proyectos hostiles, y aun el mismo rey de Inglaterra, Jacobo II, estaba muy lejos de confiar ciegamente, como su predecesor Carlos II, en la alianza francesa. Solo los ejércitos otomanos que luchaban en el lejano Oriente podían ser considerados como aliados de Francia, y éstos sufrían derrota tras derrota.

En tales circunstancias decidióse Luis XIV á emprender la guerra que la fuerza misma de las cosas le imponía. Ni sus recursos militares ni el estado de su hacienda le permitían sostener una gran lucha; pero la verdad es que no creía que á tal extremo se llegara, pues estaba convencido de que una campaña en el Rin rápidamente comenzada y con energía proseguida bastaría para destruir de un solo golpe todo el tejido de coaliciones no consumadas y de planes hostiles apenas esbozados que con tan gran cuidado le tenía. Provocando al emperador, conseguiría librar á los turcos de la apurada situación en que se encontraban, poner en la sede arzobispal de Colonia á su protegido Furstenberg y obligar al Imperio, por medio de la sorpresa y del terror, á firmar una paz pronta y humillante, con lo cual Francia robustecería su consideración, en aquel momento muy comprometida; y una vez asegurada su situación por la paz con el Imperio, podría hacer que todo el mundo reconociera y acatará de nuevo su antigua superioridad.

La política francesa, por muy aislada que entonces estuviera, sentíase con fuerzas para acometer tamaña empresa, y el ministro Louvois, confiando ciegamente en la organización militar por él creada y dirigida y que conceptuaba irresistible, inclinó el ánimo vacilante de Luis XIV á emprender una nueva guerra cuyo término él no había de ver.

Si bien era cierto que Luis XIV no estaba suficientemente apercibido para una lucha larga y reñida, sus aprestos eran bastantes para permitirle intentar con seguras esperanzas de éxito favorable una invasión repentina en los casi indefensos territorios imperiales del Rin, que, á pesar de tantos años de negociaciones, de tantas alianzas pactadas y de tantos planes bélicos concebidos, se encontraban poco menos que indefensos, pues la mayor parte de las fuerzas militares de que podía disponer la alta Alemania habían ido á engrosar el ejército del Imperio en Hungría. Nada había allí preparado para resistir un ataque de parte de Francia, tanto menos cuanto que Louvois supo adoptar sus disposiciones con la más absoluta reserva.

La guerra estaba decidida y el plan acordado desde fines de agosto de 1688. El día 20 de setiembre recibióse en Versalles la noticia de la toma de Belgrado por el elector Maximiliano Manuel de Baviera: dos días después un correo del emperador entregaba al rey cristianísimo una carta dándole cuenta de aquella importante victoria de las armas cristianas, y aquel mismo día Luis XIV dió orden al Delfín, á quien se confirió el mando de honor de aquella campaña, para que en el término de tres días se reuniera con el ejército (1). Simultáneamente se publicó el manifiesto real (24 de setiembre) en el que se exponían nuevamente con hábil dialéctica y temeraria arrogancia todos los agravios recibidos del emperador y del Imperio, y se decía como la cosa más natural del mundo que el rey conquistaría la plaza de Philippsburgo, que era una amenaza para Francia, pero que estaba dispuesto á restituirla una vez destruidas sus fortificaciones; que devolvería al emperador la de Friburgo, que él mismo había hecho inexpugnable, después de haberla demantelado, bajo la condición de que nunca volvería á ser fortificada, y que estaba dispuesto á ofrecer su mediación en el asunto de los derechos de sucesión de los Orleans al Palatinado para que con intervención del rey de Inglaterra y de la república de Venecia se estipulara una indemnización

(1) De Sourches, *Memoires*, tomo II, pág. 229. En realidad todo estaba dispuesto de antemano minuciosamente, incluso el viaje del Delfín: en una carta de 17 de setiembre, es decir, antes de saberse la toma de Belgrado, dirigida á Duras, Louvois designa el día 25 del propio mes como el señalado para la marcha del Delfín. (*Recueil de lettres*, párrafo quinto, pág. 7.)

en dinero; todo esto, sin embargo, solo para el caso en que hasta enero de 1689 se firmara entre Francia y el imperio alemán una paz definitiva basada en las estipulaciones del armisticio de Ratisbona de 15 de agosto de 1684 (2).

Este manifiesto era una declaración de guerra á Alemania. Entre los citados agravios había uno cuyo remedio no estaba solo en manos del emperador y de la Dieta. Luis XIV exigía como condición para la paz que el Papa confirmara la elección de elector de Colonia en favor de Furstenberg, ofreciéndose por su parte á influir para que se diera una satisfacción adecuada al pretendiente bávaro, el príncipe José Clemente. Con esto el monarca francés usurpaba directamente las atribuciones de la Santa Sede, no vacilando en llevar en este punto las cosas hasta el último extremo, y convirtiendo así en abierto conflicto la contienda que con el romano pontífice sostenía por esta cuestión y por otras, también importantes, concernientes á la administración eclesiástica interior de Francia. Luis XIV, fundándose en la nueva teoría de los concilios, sancionada ya en 1682, anunció formalmente, en los mismos días en que se declaró la guerra á Alemania, la apelación de la corona francesa para ante un futuro concilio general. El alto clero francés reunido en París aprobó la decisión del rey; la Universidad parisiense se declaró enérgicamente contraria á las medidas adoptadas por la curia romana y recordó los acuerdos fundamentales del concilio de Constanza acerca de la superioridad que sobre el Papa tenía la asamblea eclesiástica general (3), y mientras en el Rin los ejércitos franceses rompían las hostilidades, Luis XIV mandó ocupar la ciudad pontificia de Aviñón y expulsar de ella al legado del Papa.

De modo que el soberano francés desafiaba á la vez al emperador y al pontífice romano.

En esta obra solo hemos de seguir el curso de las luchas con Alemania (4).

Merced á la situación de las cosas, la invasión francesa de 1688 en Alemania fué en un principio mucho más fácil que la realizada en Holanda en 1672. Los cuerpos de ejército franceses pusieron en movimiento en la última semana de setiembre, y el primer golpe de mano fué dirigido contra Philippsburgo, la tan disputada fortaleza alemana, considerada como constante amenaza de la frontera francesa en un sitio débilmente protegido. El mariscal Duras con el grueso del ejército, en el cual se encontraban el Delfín y, lo que era más importante, el mismo Vauban, tenía la misión de apoderarse de aquella plaza, al propio tiempo que otras divisiones mandadas por los generales Boufflers y d'Huxelles avanzaban por el Palatinado y por la diócesis de Spira. No hallando estas fuerzas en parte alguna formal resistencia, se apoderaron en breve plazo de Kaiserslautern, Alzei, Bingen, Neustadt y Oppenheim, así como de Worms y de Spira, que apenas se defendieron. Aquella triunfal carrera prosiguió sin grandes esfuerzos su serie de conquistas. El elector Anselmo de Maguncia, no atreviéndose á defender las excelentes fortificaciones construidas por su predecesor Juan Felipe, capituló y aceptó una guarnición francesa; su colega, el elector Juan de Tréveris, mostróse más resuelto, sufrió el bombar-

(2) El manifiesto de 24 de setiembre ha sido impreso varias veces: véase *Theatrum Europ.*, tomo XIII, pág. 307; Dumont, *Corps diplom.*, tomo VII, pág. 170; Pachner v. Eggenstorff, tomo II, pág. 632, y recientemente De Sourches, tomo II, pág. 397, y otros.

(3) Extracto de los archivos de la Universidad de París, de 8 de octubre de 1688, inserto en De Sourches, tomo II, pág. 418.

(4) Para lo que sigue véase especialmente la importante correspondencia militar francesa publicada por P. Griffet: *Recueil de lettres pour servir d'éclaircissement á l'histoire militaire de regne de Louis XIV* (en La Haya, 1760), colección rara en ocho tomos, de la cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Heidelberg.

deo de Coblenza y salvó su residencia para sí y para el Imperio: en cambio la ciudad de Tréveris y la mayor parte del arzobispado hubieron de someterse á la ocupacion francesa. En los territorios situados mas abajo del Rin, los generales de Sourdis y d'Asfeld se apoderaron de las plazas fuertes del electorado de Colonia, Neuss Bon, Kaiserwerth y Rheinberg, que estaban todavía en poder del cardenal Furstenberg, quien las entregó voluntariamente. Únicamente la capital, Colonia, estaba asegurada contra una acometida gracias á las tropas del círculo westfálio que la guarnecian.

Entretanto el sitio de Philippsburgo tenia ocupada á la mayor parte de las tropas francesas. El comandante imperial de aquella plaza, el conde Maximiliano de Starhemberg, habia sido sorprendido en absoluto por tan inesperado y brusco ataque. De vuelta de una expedicion de caza, encontró al enemigo delante de la ciudad, y no sin grandes trabajos y peligros logró penetrar en ella y la supo defender con un valor y una tenacidad dignos de su nombre y del de su adversario, el ilustre Vauban, que dirigia en persona el asedio (1). Starhemberg, cuyo hermano era el célebre defensor de Viena, quiso, á lo que parece, excederse á sí mismo para conquistar, en la plaza alemana, la fama que aquél ganara en la capital de Austria (2). Muy pronto comenzaron los de Versalles á impacientarse y á censurar las disposiciones adoptadas por el gran maestro Vauban, pues Louvois habia calculado que el sitio de aquella plaza no duraria mas de diez dias; pero á la cuarta semana, cuando quedó abierta la brecha, Starhemberg abandonó la lucha y en 29 de octubre capituló la fortaleza. Aquel cerco habia costado á los franceses 900 hombres entre muertos y heridos (3).

Fué este el único punto en que los ejércitos de Francia tuvieron que luchar contra una resistencia enérgica. Un cuerpo enviado por Duras á las órdenes del general Montclar avanzó hasta Heilbronn y desde allí se apoderó de la línea del bajo Neckar. La escasa guarnicion de Heidelberg, compuesta de 300 infantes y 200 dragones, capituló en 24 de setiembre, por intervencion de los consejeros del Palatinado electoral y de los directores de la Universidad, con la condicion de que podría dirigirse libremente á Mannheim; pero la mayoría de aquellos soldados, descontentos porque hacia mas de un año que no se les pagaba, se amotinaron y dispersaron (4). Mannheim se rindió el 10 de noviembre despues de un corto bombardeo, y ocho dias despues capituló Frankenthal, la última de las fortalezas del Palatinado. Todo el país estaba en poder de los vencedores, que no habian tenido que superar grandes dificultades para conquistarlo. Durante aquella corta lucha evidencióse que la organizacion militar del Palatinado era un miembro débil y poco valioso del cuerpo del ejército imperial alemán. «Brava gente mientras no se dispara un tiro,» decia en cierta ocasion Vauban hablando irónicamente de aquellos soldados (5); pero en realidad la culpa de aquellas derrotas estaba mas que en las tropas en el abandono de cuanto á la milicia se referia, que era tradicional en el Palatinado desde los tiempos de Carlos Luis.

(1) «El gobernador es un hombre que no comete una sola falta,» escribia Vauban refiriéndose á Starhemberg, Rousset, *Hist. de Louvois*, tomo IV, pág. 129.

(2) *Recueil de lettres*, tomo V, pág. 50.

(3) Esto segun los datos de origen francés (Rousset, tomo IV, pág. 139); los alemanes (*Theatr. Europ.*, tomo XIII, pág. 317, y otros) signan una cifra mucho mas elevada.

(4) R. Salzer: «Para la historia de Heidelberg en los años 1688 y 1689,» Heidelberg, 1878 (programa), págs. 5 y 30.

(5) Carta de Vauban á Louvois, de 18 de noviembre: «No he visto gente mas valiente que estas tropas palatinas, mientras no se les hace fuego,» Rousset, tomo IV, pág. 146.

En las siguientes semanas las tropas francesas prosiguieron su campaña devastadora invadiendo la Suabia y la Franconia; el general Montclar salió de Heilbronn y se encaminó hácia Wurtemberg incendiando y saqueando cuantas poblaciones halló al paso, viéndose obligado el administrador Federico Carlos á abandonar el país en precipitada fuga, llevándose consigo al joven duque Eberardo Luis que aún no habia salido de la menor edad. En poco tiempo las tropas francesas conducidas por Feuquieres, Melac y otros llegaron en sus incursiones hasta Ulm; el alto Asperg fué por ellas saqueado; Erslingen y Tubinga fueron ocupadas, y aunque los habitantes de Stuttgart trataron de rechazar enérgicamente á los invasores, la ciudad fué tomada y derruidos una parte de sus muros. En algunos puntos aislados la resistencia vióse coronada por el éxito: en la pequeña ciudad fortificada de Schorndorf, cuando el Consejo se disponia á entrar en negociaciones para la capitulacion, las mujeres empuñaron las armas, y eligiendo por «caudillos á las más malas de entre ellas,» se apoderaron de las puertas é impidieron que se pactara con el enemigo (6). Finalmente alzóronse en los campos los aldeanos, y unidos con las tropas del círculo suabio que acudian á la defensa de los amenazados, lograron antes de que terminara el año arrojar del país á los incendiarios. Los generales franceses percibieron cuantiosas contribuciones en dinero de las ciudades y comarcas que asolaron, pues Louvois queria llenar su caja militar. Una compilacion francesa de 1688 hace ascender á 2.061,216 libras el importe de las contribuciones percibidas en los países situados en la margen derecha del Rin (7).

Estos sucesos habian evidenciado de una manera terrible el estado de abandono en que se encontraban los territorios alemanes fronterizos, absolutamente desapercibidos contra cualquier ataque repentino. Los cuatro principados electorales del Rin, á excepcion de unas pocas plazas, habian caído en el transcurso de algunas semanas en poder de los franceses, de suerte que parecia firmemente asentada la base necesaria sobre la cual Luis XIV y su ministro habian fundado su cálculo de que por medio de la sorpresa y del terror se obligaria á los Estados del imperio alemán á aceptar las condiciones de paz que Francia estuviese dispuesta á concederles.

Sin embargo, la violenta política francesa sufrió en aquel punto su primer desengaño, pues en Alemania no se produjo el efecto esperado, sino que, por el contrario, en los centros directores reaparecieron mas enérgicas que antes, gracias á la nueva provocacion, las tendencias belicosas de los últimos tiempos. Mucho censuraron los contemporáneos y las generaciones posteriores la resolucion del emperador Leopoldo de intentar la guerra simultáneamente contra los enemigos tradicionales que en Oriente y Occidente tenia el Imperio, no firmando la paz con los turcos y aceptando la lucha con Francia (8), pues la guerra contra Luis XIV hubiera tenido muy probablemente un curso mas favorable á las armas alemanas y á la causa de la gran coalicion si el emperador hubiese asegurado sus victorias contra el turco por medio de una paz prontamente firmada y dedicado todo su ejército á combatir á los franceses, como fervientemente lo deseaban todos sus aliados, los españoles, los holandeses, los Estados imperiales amigos y muy particularmente Brandeburgo. Pero

(6) Sattler: *Historia del ducado de Wurtemberg*, tomo XI, pág. 170.

(7) Rousset: tomo IV, pág. 164.

(8) Entre ellos Eugenio de Saboya: véase Arneht, tomo I, página 37. Eugenio contaba veinticinco años de edad y el odio á Francia era entonces, en los comienzos de su carrera, el mas poderoso de los motivos políticos que le impulsaban.

la opinion contraria prevaleció en Viena. Es muy posible, como algunos autores refieren, que la voluntad del emperador se moviera á impulsos de influencias religiosas y aun probablemente de la opinion del Papa, presentándole como caso de conciencia el deber en que estaba de no abandonar despues de tantas victorias la lucha contra los infieles hasta haber logrado sobre éstos un triunfo completo; pero es indudable que contribuyeron tambien á la decision de aquel monarca otras consideraciones de índole puramente política, y la crítica imparcial no debe desconocer que, dentro de las ideas políticas austriacas, la resolucion del emperador Leopoldo, por naturaleza tan tardo en resolverse en otras cosas, revistió cierta grandeza histórica. Desde el asombroso cambio sobrevenido en 1683, vivia en la política de Austria el sentimiento de que el porvenir le tenia reservados grandes éxitos.

Resolvióse, pues, emprender la guerra contra Francia y proseguir la que con tan buen pie se habia comenzado contra los turcos. El marqués Luis de Bade fué nombrado general en jefe de los ejércitos de Hungría y el elector Maximiliano Manuel marchó precipitadamente á Alemania para poner á prueba en la lucha contra Francia la gloria conquistada combatiendo á los infieles. Como contestacion al manifiesto de guerra francés, publicóse en Viena un contra-manifiesto magistralmente escrito (18 de octubre de 1688), que se supone fué obra de Leibnitz y en el cual se evidenciaban de una manera contundente la arrogancia y los errores contenidos en el citado documento francés (1). Los embajadores franceses en Viena y Ratisbona recibieron orden de salir de estas ciudades, y en la Dieta formuláronse las intimaciones y proposiciones necesarias, á consecuencia de las cuales y tras las dilaciones inevitables fué decidida en febrero de 1689 la guerra del Imperio contra Francia (2).

Los principales soberanos alemanes con cuyo auxilio armado se contaba en primer término se mantuvieron fieles á los compromisos que de antemano tenian contraídos. El embajador francés Villars esgrimió en vano todas sus armas diplomáticas cerca de Maximiliano Manuel de Baviera (3). En Berlin el embajador Gravel entabló largas negociaciones para reanudar la antigua alianza ó por lo menos la neutralidad estricta de Brandeburgo, y el elector Federico III, en atencion al peligro que amenazaba á sus territorios del bajo Rin, vióse obligado á prolongarlas, al parecer muy formalmente, hasta febrero de 1689, no quitándose la máscara antes de tiempo. En realidad manteníase firme en su actitud contra Francia, movido no solo por su inclinacion y sus convicciones personales, sino tambien por los tratados con-

(1) Inserto en varias obras, entre ellas el *Corps univ.*, de Dumont, tomo VII, página 175; *Maguncia electoral*, de Guhrauer, tomo II, página 242. Acerca de la paternidad de este documento que se atribuye á Leibnitz, no es posible emitir un juicio seguro, pues si bien Guhrauer tomo II, pág. 22, y Pfeleiderer, *Leibnitz*, pág. 173, aducen en pro de esta opinion varios argumentos, sus pruebas no salen de la estera de la posibilidad y de cierta probabilidad: lo mismo puede decirse de Klopp, *Obras de Leibnitz*, tomo V, pág. XLV. Esta cuestion es tanto menos importante para conocer la situacion política de Leibnitz, cuanto que tenemos de éste, escrita durante aquella misma época de su permanencia en Viena, la obra indubitable: *Reflexions sur la declaration de la guerre que la France a faite à l'Empire* (Obras varias, edicion de Klopp, tomo V, pág. 525), cuyo contenido se asemeja mucho al del contra-manifiesto imperial. A la misma coleccion (tomo V, página 525) pertenece el trabajo *Constitution militaire rapide*.

(2) Estos documentos están publicados en la obra de Pachner de Eggestorff, tomo II, página 638. Acerca de las negociaciones militares especiales, véase la obra de Fester: *Los Estados armados*, pág. 79.

(3) A consecuencia de esto, el embajador hubo de hablar mal de él, y cuando á principios de enero tuvo que salir de Munich sin haber podido lograr su intento, escribió á Louvois: «Es una de las peores cabezas y de los peores corazones que imaginarse puedan.» *Recueil de lettres*, tomo V, página 244.

certados por su padre y por él aceptados (4). Las cortes brunswickenses y el elector Juan III de Sajonia entraron tambien en accion despues de algunas vacilaciones. Invitados por la corte de Berlin, reuniéronse en octubre de 1688 en Magdeburgo los electores Federico III de Brandeburgo, Juan Jorge de Sajonia, el duque Ernesto Augusto de Hannover, y el landgrave Carlos de Hesse-Kassel acompañados de sus respectivos ministros, y de las conferencias entonces celebradas resultó el llamado Concierto de Magdeburgo de 22 de octubre de 1688. Era aquella la primera union práctica de varios Estados del Imperio para emprender la lucha contra Francia, y tenia en realidad mucha mayor importancia que la liga de Augsburgo, habiéndose resuelto poner inmediatamente en pié de guerra un ejército de 22,000 hombres en el Rin central y encargándose de cubrir este contingente la Sajonia electoral con 10,000 hombres, Hannover con 7,400, Brandeburgo (el grueso de cuyas fuerzas estaba concentrado en el bajo Rin) con 1,500, y Hesse con 2,000. Además se esperaba que los ducados sajonioturingios aportarian algunos regimientos (5).

La mayoría de estos contingentes se reunió durante aquel mismo otoño en Gelnhausen, y en el entretanto los sajones arrojaron á los franceses de Aschaffenburg y el círculo francoñio quedó protegido contra ulteriores incursiones del enemigo. Despues se apresuraron los aliados ante todo á asegurar por medio de una guarnicion suficiente á Francfort del Mein que se hallaba gravemente amenazada y en la que reinaba gran pánico por haber exigido los franceses el pago de una contribucion. El feldmariscal sajón Fleming intimó desde los cuarteles de invierno á la guarnicion francesa de Heilbronn la evacuacion inmediata de esta plaza (1.º de enero de 1689); algunas semanas despues (14 de febrero) la inexpugnable fortaleza de Dielsberg en el Neckar, situada en lo alto de un monte, se vió obligada á rendirse y los sajones avanzaron hácia el bajo Neckar, amenazaron á Heidelberg y se situaron al propio tiempo en el camino que de esta ciudad conduce á Darmstadt. Al mismo tiempo llegaban al teatro de la guerra algunos regimientos imperiales y bávaros que á marchas forzadas acudian desde Hungría, y regresaban tambien para defender á su amenazada patria las tropas del círculo suabio que habian tomado parte en la guerra contra los turcos y que al llegar á Alemania tomaron posiciones en Ulm. De este modo, á pesar de todas las dificultades y de todos los entorpecimientos hijos de la organizacion militar alemana y despues de mil disputas sobre las marchas, los cuarteles de invierno, el entretenimiento de las tropas, etc., comenzó á concentrarse en las primeras semanas del año 1689 en los países rhinianos occidentales un ejército alemán que no era un ejército del Imperio, sino un conjunto de contingentes de los grandes Estados imperiales armados, cuya presencia puso término desde luego á la agresion de Francia contra la alta Alemania. En efecto, los franceses retrocedieron de todas partes hácia el Rin, sin que se formalizara un ataque en gran escala.

Esta retirada fué, sin embargo, mas funesta para las ciudades y territorios de este modo libertados que la anterior ocupacion, pues fué la señal de la tristemente famosa devastacion del Palatinado.

(4) Véase acerca de estas negociaciones francesas la obra de H. Prutz, *Brandeburgo y Francia, 1688 (Almanaque histórico)*, de Raumer, 1885, página 251). El autor, sin embargo, exagera el valor probatorio de los documentos por él aducidos: la política de Federico III no merece en este punto las censuras que le dirige. Véase tambien *Austria y Brandeburgo, 1688 á 1700*, de Pribram (Praga y Leipzig, 1885), pág. 16.

(5) Véase *Tratados de Estado*, de Mörner, páginas 505 y 772.

En los principios y en las costumbres de aquella época — algo menos quizás que en los de las luchas de épocas anteriores y posteriores — para nada se tenían en cuenta los sentimientos humanitarios, el respeto á la vida y á la propiedad de las poblaciones pacíficas, la limitación de las cargas de la guerra á lo absolutamente indispensable. La lucha no era solo contra los ejércitos enemigos, sino que era también contra las comarcas en las cuales se desarrollaba: la guerra había de alimentar la guerra. Respetar un territorio hasta cierto punto, solo se hacía cuando el interés de un cuerpo de ejército, que debía permanecer largo tiempo en él, exigía cierta parsimonia en el uso de los medios de subsistencia (1). Cuando el ejército abandonaba un país, era costumbre y derecho de guerra hacerlo inútil para el enemigo, según expresión técnica de la guerra de treinta años, y con esto quedaba expresado el conjunto de todos los horrores del saqueo, del incendio y de la devastación. Las proporciones del saqueo eran monstruosas, pues en él se comprendían los dominios públicos, los tesoros de las iglesias y las propiedades particulares sin distinción alguna. La imposición de contribuciones en metálico á las ciudades del territorio enemigo era general: si estas se negaban á satisfacerlas ó demoraban el pago, apelábase al incendio como medio coercitivo para obligarlas. Cuando en 1674 el mariscal Turenna incendió varias poblaciones del Palatinado, el elector Carlos Luis le dirigió severas censuras, diciéndole que según los usos de la guerra solamente se incendiaban aquellos lugares que no pagaban la contribución que les había sido impuesta; de modo que el pacífico príncipe palatino no ponía siquiera en duda que el incendio fuese un derecho en caso de negativa al pago de tales contribuciones (2).

Pero por muy duras y brutales que fueran las costumbres de la guerra en aquella edad de hierro, los horrores que la lucha emprendida por Francia en 1689 causó en el Palatinado sobrepujaron por su inaudita crueldad á cuanto hasta entonces se había presenciado. Los procedimientos terroríficos como hechos aislados no eran nuevos ni inauditos; pero lo que aterró á los contemporáneos, y la posteridad ha recordado conmovida, fué el cúmulo de crímenes monstruosos cometidos sin mas objeto que arruinar á todo un país; fué la cruel sangre fría con que el sistema de destrucción premeditado, discutido y calculado hasta en sus menores detalles fué ordenado y llevado á ejecución desde Versalles. También en otros tiempos ejércitos indisciplinados habían assolado extensos territorios, ora movidos por odios religiosos, ora desmoralizados por la derrota y por la huida; pero lo que subleva en los inhumanos acontecimientos de 1689 es que no fueron obra de pasiones excitadas, sino hijos de la reflexión y del frío cálculo. Los oficiales y los soldados franceses á quienes aquella tarea de destrucción estaba confiada no procedieron en la ejecución de las órdenes recibidas de la manera salvaje y bárbara que consentía la despiadada guerra de aquellos tiempos; sino que al lado de hechos brutales se registran de cuando en cuando rasgos de piedad, de humanidad, de reprobación de los actos crueles; tentativas, en suma, para atenuar la dura suerte del vencido (3). Todo el peso de la responsabilidad debe caer

(1) En su ingeniosa *Característica de los generales franceses* señala Spanheim como una de las principales cualidades de Catinat la de que «sabe servirse admirablemente de un país y hacerlo durar mucho tiempo.» Ezequiel Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*, edición Schéfer, pág. 396.

(2) Rousset, *Historia de Louvois*, II, 79. Véase el libro IV de esta obra, pág. 214.

(3) En las cartas militares insertas en la obra tantas veces citada *Recueil de lettres pour... l'histoire militaire*, etc. (tomos V y VI), hemos encontrado multitud de ejemplos que demuestran estos atentados. Así el cuartel maestre general Chamlay escribía á Louvois á pro-

sobre los directores supremos: desde la capital francesa se dispuso la sistemática devastación del Palatinado, las órdenes de los que con crueldad implacable exigían de los generales la mas exacta ejecución de tan triste obra. No es de creer que Luis XIV fuese personalmente autor de tales órdenes, pero es indudable que las conocía y que acallando algunos escrúpulos de conciencia dejó al destino seguir su curso. El fallo de la historia, de acuerdo con la opinión de los contemporáneos mejor informados, no puede menos de atribuir al ministro de la Guerra Louvois la verdadera y gravísima culpa de los crímenes que se perpetraron en el Palatinado: él fué quien con autoridad soberana dirigió desde Versalles la acción de los ejércitos franceses hasta en sus detalles mas importantes; en su plan de guerra entraba desde un principio la idea de debilitar al enemigo por medio de la sorpresa y del terror, y los acontecimientos le llevaron á extremar este procedimiento hasta lo inconcebible y á completar su sistema terrorífico por medio de la devastación de un país antes floreciente (4).

A los de Versalles no se les ocultó ya que había fracasado por completo el plan de obtener del Imperio por medio de la fuerza una paz rápida: Francia no tuvo mas remedio que continuar la guerra alemana por ella promovida, al mismo tiempo que se veía obligada á defenderse de sus enemigos en los Países Bajos, á luchar con los españoles en los Pirineos, á apercibirse contra una agresión que desde la libertada Inglaterra podía intentar Guillermo III y á cuidar del aumento de su escuadra. Dado el estado de los armamentos, la situación se complicaba mucho si á todos los conflictos existentes se agregaba el de tener que imprimir á la guerra en el Rin un carácter mas serio del que se había creído, pues del examen de los documentos militares franceses se deduce que el número de tropas utilizables para la campaña alemana solo á duras penas podía elevarse á lo mas indispensable.

pósito del plan de destrucción de Tréveris: «De desear sería que esta ciudad no estuviese donde está; pero sería un escándalo terrible destruir una población tan antigua y considerable.» (V, 337). El duque de Duras, particularmente, excitaba continuamente á que se procediera suave y humanitariamente, diciendo «que era preciso tratar á estos pueblos con menos violencia» (V, 488), manifestando el dolor que le causaba «la destrucción de ciudades tan importantes como Worms y Spira.» llamando la atención de Louvois sobre «el mal efecto que tal desolación podría producir en el mundo para la reputación y la gloria de Su Majestad» (VI, 17), y escribiendo, al ver que eran inútiles todas sus observaciones «en favor de los desdichados habitantes de Spira, Worms y Oppenheim,» que «solo á la piedad se debía la muy humilde observación que había tenido el honor de hacer», después de lo cual acataba la superior opinión del rey y de Louvois (VI, 24). Lo propio puede decirse de la benignidad y moderación con que procedió el conde de Tessé en la destrucción de Heidelberg, y de otros casos análogos.

(4) En su biografía de Louvois (IV, 159) intenta Rousset apartar de este ministro la responsabilidad del «abominable incendio del Palatinado,» presentando como autor de esta idea al cuartel maestre general Chamlay; pero esta tentativa no puede calificarse de afortunada. En efecto, los primitivos consejos de Chamlay se dirigían únicamente á recomendar el desmantelamiento de algunas plazas del Palatinado, la destrucción de sus fortificaciones, no la destrucción y el incendio completos de las ciudades. Esto último fué idea únicamente de Louvois que supo imponerla á su subordinado. Acerca de esto, véanse las convincentes manifestaciones que hace H. Prutz en su trabajo *Louvois y la devastación del Palatinado*. (Revista alemana para la ciencia histórica, IV, 239). También es de interés, para conocer la situación de Chamlay en la cuestión de las devastaciones, la Memoria que acerca de su misión en París escribió en enero de 1689 el enviado de Heidelberg, Weingard, y que publica Salzer en su obra citada, pág. 33. De ella se deduce que el plan de la destrucción completa de Mannheim era ya conocido en los círculos de la corte en la Nochebuena de 1688. Lo que Weingard refiere de Chamlay demuestra que éste, por lo menos en lo relativo á Heidelberg (de cuya destrucción no hemos hablado todavía), desempeñó un papel mas bien contemporizador y moderado, al paso que patentiza también en este particular la brutalidad de Louvois.

Veíase entonces que el ataque contra los territorios del Sudoeste de Alemania, de éxito fácil en sus comienzos, no trajo consigo las consecuencias esperadas, y que con fuerzas insuficientes no podían sostenerse las posiciones conquistadas ante el avance de las tropas imperiales. Louvois, que se vio obligado á mandar retroceder hasta la línea del Rin á los ejércitos franceses para que allí se mantuvieran á la defensiva, no retrocedió ante los medios mas espantosos á fin de inutilizar para el enemigo los territorios que Francia no podía conservar. Por esto aquel país llano fué despojado, por medio del saqueo y del incendio, de todos los recursos que pudieran servir á la manutención de un ejército que después de los franceses lo ocupara, y las ciudades que no pudieron ser guarnecidas con fuerzas suficientes para su defensa fueron arrasadas á fin de que en ellas no tuviera el enemigo otros tantos puntos de apoyo.

Evacuada Heilbronn el día 1.º de enero de 1689 por los franceses, que no pudieron consumir allí la obra de destrucción proyectada por la precipitación con que hubieron de retirarse ante la proximidad del cuerpo sajón, la mas próxima plaza fuerte de importancia era Heidelberg. Esta ciudad, á pesar de la capitulación convenida, vióse durante dos meses duramente maltratada por la guarnición francesa que le impuso pesados acuartelamientos y crecidas contribuciones, sin que logran poner coto á tamaños abusos la embajada que los heidelbergueses enviaron á París ni la apremiante intercesión de la duquesa Isabel Carlota de Orleans en favor de los lugares, tan queridos para ella, donde habían corrido los felices años de su juventud (1). La valerosa Isabel Carlota pidió que le permitieran trasladarse al Palatinado para preservar con su presencia personal de toda desventura al territorio de su patria; pero su petición fué rotundamente denegada. Ya en el mes de enero comenzaron los trabajos preliminares para la proyectada obra de destrucción: las torres y los baluartes mas importantes del castillo y de la ciudad quedaron sin concluir, lo propio que el puente sobre el Neckar, pues como de un momento á otro se esperaba el ataque de las tropas imperiales y sajonas que hacía allí se dirigían, los invasores franceses querían, en caso de tener que emprender la fuga, no dejar detrás de sí mas que un montón de ruinas. El día 27 de enero un destacamento de caballería bávara se presentó delante de la ciudad sin atreverse, sin embargo, á intentar un ataque; esta demostración fué la señal de la devastación completa de todos los territorios que alrededor de Heidelberg se extendían. Al día siguiente, el brigadier Melac, que tenía el mando de la plaza, envió varios destacamentos de caballería con órden de incendiar todas las poblaciones de la orilla izquierda del Neckar en un perímetro de algunas leguas: de esta suerte fueron destruidos multitud de lugares y aldeas florecientes como Wiesloch, Nussloch, Leimen, Rohrbach, Edingen, Wieblingen y otros, calculándose que en un solo día fueron pasto de las llamas unos setecientos edificios. Al otro día prosiguió la obra destructora en la orilla derecha del río, no sin tener los franceses que sostener varias escaramuzas con los guerrilleros de aquellos tiempos, es decir con los aldeanos desesperados que hacían vida de bandoleros (*chenapans*, como decían los franceses) especialmente en las selvas y en las aldeas situadas en el camino que de Darmstadt conduce á Heidelberg. En aquel día fueron total ó parcialmente incen-

(1) Para lo que sigue véase especialmente el ya citado trabajo de Salzer: también es digna de tenerse en cuenta la manifestación que la duquesa Isabel Carlota hizo al embajador de Heidelberg, Weingard, de que no había visto «ni un solo pfennig» de todo su patrimonio alodial del Palatinado, pues había pasado íntegro á las cajas de su esposo, que estaba cargado de deudas.

diadas Handschuchsheim, Neuenheim y Dossenheim, y los pueblos que se salvaban del incendio eran saqueados, siendo además quemados todos los viveres que los franceses no podían llevarse consigo. Melac dió á comprender que tenía órden de arrasar por completo cuanto se encontrara á diez millas á la redonda de Heidelberg.

Otro tanto se hizo en la ciudad: todas las provisiones fueron confiscadas, las cantidades exigidas por alojamientos y contribuciones se hicieron efectivas por medio de procedimientos ejecutivos, y finalmente, cuando los franceses vieron que era imposible recaudar las sumas pedidas, se apoderaron, en calidad de rehenes, de algunos hombres ilustres de la universidad y del gobierno. Entretanto era cada día mas inminente el peligro de un ataque. Cuando la guarnición francesa de Dilsberg se vió obligada á capitular, las autoridades militares francesas se apresuraron á disponer los últimos preparativos para la obra de destrucción que se consumó en la mañana del 2 de marzo. El castillo fué incendiado con coronas de fuego y muy pronto quedó envuelta en llamas una gran parte de aquella soberbia construcción, hecho lo cual y después que la guarnición se hubo refugiado en la ciudad situada al pié de la colina en que aquel se alza, prendióse fuego á las minas que se habían abierto debajo de las fortificaciones: no todas estallaron y á esto se debió que no se consumara por completo la destrucción proyectada. El estado en que hoy se encuentran las torres y los muros del castillo de Heidelberg es consecuencia de la segunda destrucción ocurrida en 1693.

Inmediatamente dióse comienzo á la destrucción de la ciudad, que fué dirigida por Melac con implacable salvajismo. Este proceder, debido en primer lugar á la órden general de incendiarlo y saquearlo todo, justificábase en cierto modo por un pretexto admitido por el derecho de guerra de aquella época, es decir por la circunstancia de que una parte de la población no había pagado todavía las contribuciones impuestas. El incendio de la ciudad se efectuó por distintos puntos, comenzando, según práctica establecida, por los molinos, que quedaron reducidos á cenizas; pero en la prosecución de tan horrible tarea dejáronse sentir ciertas influencias que evitaron á Heidelberg la consumación total de su desdicha. El general de Tessé, que llegó allí procedente de Mannheim, pertenecía al número de oficiales franceses que con la mayor repugnancia ponían por obra el criminal sistema del soberano ministro de la guerra, y muchos de sus subordinados profesaban igual sentimiento y procuraban suavizar en lo posible los mandatos de Melac. Gracias á esto, si bien es cierto que se prendió fuego á la ciudad por sus cuatro costados, también lo es que los mismos incendiarios hicieron la vista gorda cuando los habitantes acudieron á apagar el incendio, que muy pronto fué extinguido. En algunos puntos, varios soldados y oficiales se mostraron considerados á cambio de dinero; en otros los mismos habitantes, por consejo de oficiales franceses bien intencionados, quemaron paja húmeda dentro de las casas engañando con ello á los incendiarios, quienes al ver aquellas grandes columnas de humo creían que nada tenían ya que hacer en tales lugares. Merced á todas estas circunstancias la destrucción de Heidelberg no fué completa ni mucho menos, de suerte que cuando después de algunas horas de tan cruel tarea abandonaron las tropas francesas la ciudad encaminándose á Mannheim, el número de las casas totalmente arruinadas no pasaba de treinta, elevándose á muchas mas el de las simplemente perjudicadas. Por esta razón Louvois (2)

(2) Es característica la carta de Tessé á Louvois acerca del consumado incendio de Heidelberg, carta en que el general procura engañar al ministro sobre la magnitud de la destrucción llevada á cabo (*Recueil de*